



EL VIA CRUCIS

Dictado por Jesús. (Septiembre 17/08 2:00 p. m.).

I Estación: Jesús es juzgado y condenado a muerte.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Contempladme silencioso delante del gobernador romano, esperando pacientemente mi condena de muerte en la cruz.

Mis enemigos están sedientos de mi Sangre, porque me consideran culpable, culpable por considerarme Hijo de Dios; culpable por llamarme Rey de los Judíos; culpable por anunciar un reino, reino de paz y de justicia; culpable porque sané enfermos, liberé endemoniados, resucité muertos; culpable por devolver el estado de gracia a multitud de pecadores.

Mi Divino Corazón acogió con humildad y serenidad la sentencia, sentencia para redimiros del pecado, sentencia para daros nueva vida.

Mi Madre guardó en su doloroso Corazón las palabras del veredicto, corazón sufriente porque lo más amado sería maltratado, su Hijo, el Hijo de Dios, pagaría alto precio por toda la humanidad.

Vosotros conservad la paz cuando os juzguen, os calumnien injustamente. Desde el silencio de

vuestros labios y quietud de vuestro corazón llegad a Mí que seré vuestra defensa; vuestro justo juez os declarará libres, inocentes.

Nuestros Corazones Unidos y Traspasados os motivan a caminar por las sendas de la justicia y de la verdad, en hacer el bien, aún, a vuestros propios enemigos, a perdonar de corazón a vuestros agresores y a orar por todos los que os hacen mal.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

II Estación: Jesús es cargado con la cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Mirad hijo mío los hombros, que un día cargaron sobre sí a la oveja perdida, oveja que conduje al aprisco de mi rebaño para sanarla, para alimentarla, oveja débil que la llevé a verdes pastizales para robustecerla, oveja sedienta de agua fresca, agua que le di a beber en abundancia en las fuentes de mi Divino Corazón; hombros que ahora son llagados por la crueldad de mis verdugos, verdugos que colocaron sobre mis delicados hombros el pesado, tosco, leño de la cruz, cruz que rompió mi piel produciéndome la herida más dolorosa de mi Sagrada Pasión, cruz que hacía tambalear mi cuerpo por su enorme peso, cruz que exaltó la furia de mis

opositores, cruz que laceró el Corazón Inmaculado de mi Madre, Madre que caminó conmigo el doloroso trance de mi Pasión; Madre que a medida que iba dejando los rastros de mi Sangre Preciosa la adoraba y la recogía en el copón de oro de su doloroso Corazón.

Hijos míos, sobrellevad las cruces con amor. Ofrecedme vuestros sufrimientos, sufrimiento que es dulcificado porque más allá de vuestro camino llegaréis a la meta, más allá de vuestro camino recibiréis el premio prometido.

Nuestros Corazones unidos y traspasados llevamos la cruz con amor, cargadla vosotros sin reproche, sin dilación porque a la vera de vuestro camino recibiréis recompensa.

La cruz os pule, os perfecciona, os hace santos.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

III Estación: Jesús cae por primera vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Mi Cuerpo debilitado, por el peso de la cruz, cayó en tierra, caída que abrieron más heridas en mis rodillas, en mis codos, caída que abrió un orificio más profundo a las llagas de mi Sagrado hombro. Fue terrible la intensidad de mi dolor; pero, aún, así

saqué fuerzas y emprendí de nuevo mi camino, camino que os abriría esperanzas, camino que os mostraría un nuevo cielo, camino que se llevaría vuestras miserias y vuestros pecados porque muy pronto daría mi vida para daros vida, muy pronto os absolvería de vuestra culpa ante mi Padre eterno.

Caí por primera vez, pero me supe levantar porque mi amor por vosotros me hacía abrazar la cruz con ardor y con locura. Caí por primera vez, pero me supe levantar con nuevo ímpetu, con nuevas fuerzas; caída que os llama a vosotros a caminar siempre hacia delante, a no mirar hacia atrás; caída que os llama a levantar vuestra frente con dignidad, porque una vez caísteis pero os levantasteis, reconocisteis vuestro error, os esforzasteis por superarlo. Vuestra primera caída os muestra que sois débiles, que la fuerza sólo la halláis en Mí.

La presencia de mi Madre avivó en mi Corazón el deseo de sufrir, de padecer. La mirada lúgubre de sus ojos me hizo comprender de nuevo que para esto había venido a la tierra, a ofrendarme como Alma Víctima Divina por todos vosotros.

Nuestros Corazones unidos y traspasados derraman gracias en vosotros para fortaleceros y prevenir os de caídas, os dan temple para que rehuyáis al pecado, evitéis todo tipo de tentación y os conservéis en estado de gracia.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

IV Estación: Jesús encuentra a su Madre.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Camino al calvario, me encontré con mi Madre. Nuestros Sagrados Corazones se entrelazaron de amor y de sufrimiento. La miré tiernamente a sus ojos, con mi mirada le hablé a su Corazón, apliqué bálsamo sanador a sus heridas dándole vigor, la fortalecí de tal manera que anduvo a mi lado sin responder a los insultos, burlas, golpes, salivazos y oprobios que cruelmente recibía de mis adversarios. Ella, que un día me veía en el taller de San José armando crucecitas de madera, hoy me veía, frente a sus ojos, abrumado y extenuado por el tremendo peso de la cruz.

Ella, que siempre permanecía a mi lado para cuidarme, evitando al máximo el más leve dolor a mi Cuerpo Santísimo, hoy me veía herido y bañado en sangre.

Sé que no alcanzáis a comprender la magnitud de su dolor, dolor incomparable con la profundidad de un océano o con la longitud del mundo entero, pero estaba ahí para consolar mi agonizante Corazón. Estaba ahí para fortalecerme en mi debilidad. Estaba

ahí para enseñarme que en todo hay que hacer la Divina Voluntad.

Estaba ahí para unir mi Corazón a su Corazón en el amor.

Estaba ahí con su Corazón traspasado de dolor, pero lo soportaba todo, lo aguantaba todo porque sabía que no sería vano mis sufrimientos; conocía que la cruz es victoria y triunfo sobre la muerte.

Nuestros Corazones unidos y traspasados os aleccionan a morir a la voluntad humana y a nacer a la Voluntad Divina, a confiar en Dios sin reserva, a conservar el sosiego en vuestro espíritu, aún, en vuestros más terribles sufrimientos, porque después de la tormenta siempre vendrá la paz, después de las cumbres borrascosas llegarán suaves oleajes que darán descanso vuestro fatigado corazón.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

V Estación: El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Los soldados romanos temiendo que no aguantase hasta el monte Gólgota, eligen a un hombre, a un tal Simón de Cirene a que me ayudase a llevar la cruz. Mis ojos estaban cubiertos de coágulos de sangre,

mi túnica estaba adherida a las llagas de mi Cuerpo, mi sangre se derramaba a borbotones y era desperdiciada, pisoteada y profanada.

Los soldados no actuaron movidos por compasión, actuaron inducidos por satanás porque su furia estaba encarnizada contra Mí, cordero indefenso que era llevado al matadero para ser degollado en el patíbulo de la cruz.

Simón de Cirene cargó con mi cruz no por voluntad propia sino impuesta. Desconocía que era la cruz del Dios vivo, la Cruz del Redentor que se ofrecía como Víctima Divina por él y por el mundo entero. No comprendía el gran misterio de la cruz, su entendimiento estaba opacado frente a lo que sus ojos veían.

Mi Cuerpo Sagrado recobró fuerzas, fuerzas porque este hombre llevó a cuestas el Signo de la Redención.

El gesto de Simón os llama a vosotros a no protestar por la cruz, cruz que el cielo os envía para que os hagáis santos. Cruz que el cielo os envía para que os hagáis semejantes a Mí.

Mi Madre oró al Padre por el gesto de este hombre, hombre que desconocía su papel cooperador en el Plan Redentor.

Nuestros Corazones Unidos y Traspasados os dan ejemplo a que no reneguéis del sufrimiento, a que lo

aceptéis con resignación, a que llevéis sobre vuestros hombros su peso, peso que será aliviado el día en que os encontréis en la Casa de mi Padre.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

VI Estación: La Santa Verónica enjuga el Rostro de Jesús.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

La Divinidad dibujada en mi Sagrado Rostro, la perfección esculpida por las manos de mi Padre, la hermosura y finura de mis facciones han perdido su belleza, la lozanía de mi piel se ha marchitado, el brillo de mis ojos se han opacado porque el hinchazón de mi cara, el polvo, el sudor y sangre en grumos lo han desfigurado. Mi rostro que era antes el encanto de las almas vírgenes, hoy son el repudio de las almas sensuales, almas que se gozan de mi sufrimiento, almas que les alegra mi dolor, almas que llegarán al culmen de la condenación con mi muerte porque mi Cuerpo lo profanaron, lo mancillaron.

Cuando iba camino al Gólgota, ayudado y asistido por los Santos Ángeles, una humilde y valerosa mujer llamada Verónica, se adentró en el espesor de la muchedumbre y llegó a Mí, con un lienzo blanco

en sus manos, limpió mi rostro irreconocible por el polvo, el sudor y la sangre.

Oh mujer heroica que habéis sabido vencer la furia diabólica de los soldados romanos y de cada uno de mis enemigos; como pago a vuestro gesto de amor, imprimo en vuestro manto mi Divino Rostro y esculpo en vuestro corazón mi Rostro agonizante para haceros partícipes de mi Sagrada Pasión, pasión que os moverá a la santidad, pasión que excitará vuestro espíritu en ansias de cielo.

Mi Madre cubre a la Verónica bajo los pliegues de su Sagrado Manto, prende fuego de amor en su corazón, amor a Cristo Crucificado, amor por el Mártir del Gólgota.

Nuestros Corazones Unidos y Traspasados se entrelazan en un mismo sufrimiento porque mi dolor es su mismo dolor, mi padecimiento es su mismo padecimiento. Imitad, pues, el heroísmo de la Verónica y venid a enjugar mi Rostro porque muchas almas, aún, lo golpean, lo maltratan con su vida de pecado.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

VII Estación: Jesús cae por segunda vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Los empujones, los latigazos, las burlas e insultos hacen que caiga por segunda vez. Mis fuerzas físicas se agotan, pero jamás mis fuerzas espirituales, porque sé que muriendo en una cruz habré dado gloria a mi Padre.

Sé que muriendo en una cruz habré dado victoria sobre todo mal. Sé que muriendo en una cruz os habré rescatado, os habré liberado. Sé que muriendo en una cruz os abro las puertas del cielo.

Estos sentimientos de mi sufriente Corazón son la fortaleza para levantarme de nuevo y proseguir mi camino, camino tumultuoso, escarpado y apesadumbrado, pero camino que me conlleva a la meta final, al reinado de mi Corazón en toda creatura, camino que es el atajo a vuestra libertad.

En mi segunda caída me levanté airoso porque el bien prevalecerá sobre el mal.

En mi segunda caída me levanté airoso porque en los caminos de Dios no existe la derrota.

En mi segunda caída me levanté airoso porque mi gran amor por vosotros me sedujo a abrazar la cruz, a ponerla sobre mis hombros malheridos y marchar camino al suplicio, suplicio que sería la bancarrota para satanás porque no me dejé amilanar por el sufrimiento.

Mi Madre con sus lágrimas estancaba la sangre que depuraban mis heridas, su silencio se convertía en

palabras, en voz de aliento en mi Corazón para caminar con entereza a mi destino final.

Nuestros Corazones Unidos y Traspasados os alientan a levantaros de vuestras caídas, os alientan a aprender del error, a reconocer vuestras culpas y a confesar vuestros pecados.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

VIII Estación: Jesús encuentra a las hijas de Jerusalén.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El Nardo purísimo de celestial perfume está mal herido, deshojado. El Hijo de Dios es reducido a la nada. El Amo y Señor de todo cuanto existe aparentemente ha sido desbancado, ha perdido su trono.

Pero lo que ellos no saben es que mi Reinado perdurará por años sin fin, que mi muerte, supuesta derrota, es vida eterna y garantía de salvación para todos vosotros.

El pueblo está enfurecido, todos al unísono me insultan, me maltratan, quieren acabar de una vez con mi vida, pero unas compasivas mujeres se unen a mi sufrimiento y me consuelan, comparten conmigo mis penas llorando mi dolor.

Escuchad lo que a ellas les dije:

“Hijas de Jerusalén: no lloréis por Mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Días vendrán en que se dirá: bienaventuradas las vírgenes. Días terribles en que dirán los pecadores: “Oh montes, caed sobre nosotros; oh collados, sepultadnos”. Pues, si al árbol verde así le tratan, el que no da fruto ¿cómo será tratado?”

Las palabras de estas caritativas mujeres aliviaron el dolor de mi Sagrado Corazón porque al menos no todos estaban en mi contra; unos querían destruirme pero otros deseaban salvarme.

Mi Madre compungida por mi espantoso sufrimiento, encontró valor en estas mujeres, elevó plegarias al cielo y se embriagó de coraje para compartir místicamente mi mismo calvario, mi misma muerte.

Nuestros Corazones Unidos y Traspasados os convocan a la piedad, a compartir el sufrimiento de vuestros hermanos y a asociaros en su dolor.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

IX Estación: Jesús cae por tercera vez.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Mi Cuerpo desollado, mis carnes desgarradas y mis

huesos descoyuntados fueron cómplices para mi tercera caída, caída que causó heridas sobre las mismas heridas. Sólo el gran amor que os tengo y la sed insaciable de almas fortalecieron mi espíritu hasta querer consumir mis padecimientos en el patíbulo de la cruz.

Con mi tercera caída recobré ánimo para batallar pacíficamente contra mis contendores.

Con mi tercera caída recobré ánimos en seguir sufriendo, porque por amor todo se aguanta, se soporta.

Con mi tercera caída recobré ánimos para aniquilar y destruir el mal, ya que la cruz es triunfo para el cielo y derrota para el infierno.

Con mi tercera caída recobré ánimos porque muy cerca estaba mi victoria, muy cerca rondaba mi muerte, muerte que sería de gran beneplácito para mi Padre, porque, aún, en el sufrimiento obré de acuerdo a su Divino Querer.

Con mi tercera caída recobré ánimos porque mi Espíritu estaba deseoso de llegar al cielo, ávido en prepararos una morada en mi Reino.

Mi Madre me levantó con sus ruegos al Padre, ella fue mi báculo, mi soporte desde el día de mi nacimiento hasta mi muerte. Ella alentó mi caminar porque a medida que proseguía su aroma celestial, calaba en la profundidad de mi Corazón y me

reconfortaba.

Nuestros Sagrados Corazones unidos y traspasados se mantuvieron adheridos en la alegría y en el dolor, en el consuelo y en la desesperanza.

Hijitos míos, tomad nota de esta lección de amor y continuad vuestra marcha. No os desesperéis en vuestras caídas, trabajad con entereza vuestras debilidades para que seáis perfectos y santos como lo es Nuestro Padre.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

X Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Habiendo llegado a la cima del calvario, hombres sin corazón me despojaron de mis vestiduras, arrancando pedazos de carne y de piel, abriendo paso de nuevo a mis heridas, heridas que son fuente de salvación, heridas que son océano inagotable de misericordia, heridas que son ventanas al Paraíso, heridas que son tesoros del cielo poco apreciado por los hombres.

Mirad como a la pureza infinita y al Santo de los santos lo desnudan para ser el punto blanco de burlas.

Mirad como a la pureza infinita y al Santo de los

santos lo desnudan para ser foco de morbosidad de los corazones mezquinos.

Mirad como a la pureza infinita y al Santo de los santos lo desnudan para acrecentar, aún, más mis sufrimientos.

Mirad como a la pureza infinita y al Santo de los santos lo desnudan para ser espectáculo por mis atroces heridas.

Hijitos míos, cómo es posible que al Rey del más alto linaje, al Rey vestido con trajes de lino fino y resplandeciente lo vituperen, lo menosprecien quitándole su única pertenencia: una humilde túnica ensangrentada y medio-rota por sus caídas, túnica que es repartida entre sí echándola a suerte.

Mi Madre al ver mi desnudez cubrió mi cuerpo con su virginal mirada, espiritualmente me arrojó con la mantilla que daba calor a mi cuerpo en mi adolescencia.

Ella oró al Padre y reparó por estos vejámenes, suplicó perdón y misericordia por estas pobres almas incitadas por la furia atroz de satanáas.

Nuestros Corazones unidos y traspasados os cubren de amor la desnudez de vuestro corazón, arropan vuestro espíritu con el manto de nuestra ternura y os mueve al recato, al pudor y a la santidad en vuestro cuerpo, cuerpo que ha de ser morada digna para el Espíritu Santo.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

XI Estación: Jesús es clavado en la cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Estoy en el momento de ofrendar mi vida para redimiros, redimiros de vuestras miserias, de vuestros pecados.

Estoy en el momento de poneros sello de salvación, salvación que os doy con mi sacrificio, con mi propiciación.

Ved como me acuestan en el burdo madero de la cruz, estiran tan fuertemente mis brazos y mis piernas que descoyuntan mis huesos.

Mis manos son bruscamente machacadas y perforadas por los clavos, manos que un día bendijeron a los niños que se acercaron a Mí, manos que curaron dolencias físicas y espirituales, manos que se extendieron al cielo pidiendo perdón y misericordia por los pecadores, manos que multiplicaron cinco panes y dos peces para calmar el hambre de mis seguidores, manos que acabaron con la mercadería del templo, manos que escribieron en el suelo mientras una mujer pecadora era juzgada severamente; y hoy son perforadas en la cruz.

Mis pies sufren heridas indecibles por la furia de cada martillazo, pies que anduvieron en búsqueda de la oveja perdida, pies que nunca se cansaron en anunciar un Nuevo Reino; pies que recorrerían comarcas, veredas y pueblos circunvecinos buscando a quien predicar, buscando a quien evangelizar; pies que corrían al encuentro de mi Madre, Madre que me daba hospitalidad, calidez. Pies que iban detrás del pecador para perdonarlo, para liberarlo de sus esclavitudes. Pies que fueron besados y ungidos con un costoso perfume, perfume que dio santidad a aquella mujer pecadora, perfume que se llevó la podredumbre de su corazón para darle olor de santidad. Pies que se adentraron en el huerto de los olivos a orar como preparación a mi cruento sufrimiento. Pies que hoy son triturados, demolidos porque ya casi consumiré mi sufrimiento en un éxtasis de amor.

Mi Madre también fue taladrada por el dolor, dolor de sentirse impotente y no poder hacer nada para menguar mi sufrimiento.

Nuestros Corazones unidos y traspasados os piden que crucifiquéis vuestra vida de perdición y os unáis a nuestro sufrimiento para que expiéis vuestros pecados aferrados a la cruz, cruz que os absolverá restituyéndoos vuestro estado de Gracia.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

XII Estación: Jesús expira en el árbol de la cruz.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Mi Divino Corazón naufraga en el dolor, dolor porque mi Sangre preciosa cae sobre las piedras; dolor porque tengo una sed devoradora y me niegan una gota de agua, Yo, que soy el manantial de agua viva y ríos de agua pura; dolor al ver cómo estas almas se gozan en mis terribles sufrimientos, dolor porque me reconocerán como al Hijo de Dios cuando de mi Corazón salga el último suspiro, suspiro que hará temblar la tierra y oscurecerse el cielo, dolor porque estas almas han desperdiciado la fuente de misericordia y de salvación.

Heme aquí con mis ojos eclipsados, ojos que ya casi no pueden ver porque los cubren densos coágulos de sangre.

Cercanos a Mí estaban mi Madre y mi fiel discípulo Juan. Escuchad bien mis últimas palabras que dije a Mi Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; y mirando a mi discípulo amado: ahí tienes a tu madre. Desde aquel momento mi Madre os tomó a todos como a vuestros hijos. Ahora acogedla a ella como a vuestra Madre, madre que suplica, ruega e intercede ante el cielo en vuestras necesidades. Madre que os cobija a todos en los pliegues de su Sagrado Manto. Madre

que no os dejará solos, estará con vosotros hasta el último día de vuestra vida. Madre que llora cuando os alejáis de mi camino. Madre que os arrulla en sus brazos como a niños recién nacidos. Madre que os enseña que sólo estando al pie de la cruz se llega al cielo. Madre que al pie de mi cruz me escuchó decir:

Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Nuestros Corazones unidos y traspasados os llaman a no rehuir al gran misterio de la cruz, a sobrellevarla con amor, a no renegar de vuestro sufrimiento, a aceptarlo porque antes de entrar al cielo debéis ser acrisolados y purificados como oro y plata.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

XIII Estación: Jesús es puesto en los brazos de María.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Qué escena más dolorosa y desgarradora: mi Madre sosteniendo en sus brazos mi Cuerpo inerte, Cuerpo masacrado por las heridas, Cuerpo desfigurado porque todo es una llaga viva, Cuerpo que después se quedaría hasta la consumación de los siglos en la Hostia Consagrada.

Mi Madre con sus lágrimas lava y corre la sangre adherida en todo mi Cuerpo, contempla mis ojos cerrados, ojos que antes penetraban el corazón de los hombres, ojos que se admiraban y extasiaban de la obra magna de la creación, ojos que la miraban con indecible amor porque era mi Madre.

Contempla mis labios lívidos, labios que un día la llamó mamá, labios que desprendían saetas de amor con sus palabras, labios que eran espada de doble filo que herían a los corazones soberbios, labios que no abolieron la ley: la perfeccionó, labios que hablaron de una vida mucho mejor que ésta.

Me abraza y me estrecha entre sus brazos como cuando era niño, me acaricia con dulzura porque sabe que el misterio de la redención cobra vigencia, sana mis heridas con sus besos, remienda mi Corazón roto con sus abrazos.

Mi Madre también os acompañará hasta el momento que exhaléis vuestro último suspiro, mi Madre secará vuestras últimas lágrimas en el trance de vuestra muerte. Amadla con el mismo amor con que la amé Yo.

Nuestros Corazones unidos y traspasados os mueven a un continuo prepararos para la muerte, muerte que no ha de ser vuestro fin, muerte que es un inicio a una verdadera vida.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.

XIV Estación: Jesús es colocado en el sepulcro.

Te adoramos oh Cristo y te bendecimos, que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Mi cuerpo es depositado en el sepulcro. Aquí descansará mi Cuerpo Santísimo perfumado con aromas y envuelto en una sábana blanca, sábana que posteriormente será la señal fidedigna de mi resurrección. Sábana que será la prueba para futuras generaciones de que en verdad sí existí, que estuve allí por tres días para luego resucitar.

Sábana que será lienzo de vida para los corazones sencillos. Sábana que se convertiría en tema de estudio para los científicos, sabios y eruditos.

Sepultad aquí vuestro pecado, vuestras usuras y avaricias. Sepultad aquí vuestro sensualismo, vuestras ligerezas y liviandades. Sepultad aquí vuestro pasado, pasado que ha sido borrado del libro de vuestra vida, pasado que ha sido perdonado, pasado que ya ha cancelado su deuda, deuda que pagué en vuestro nombre con mi sufrimiento, con mi inmolación en la cruz.

Mi Madre se fue con mis discípulos a casa dejándome allí, pero llevándome en su Corazón, corazón que vibraba de amor cada vez que pensaba en Mí, Corazón que siempre estuvo unido al mío, aún, después de mi muerte.

Nuestros Corazones unidos y traspasados son la prueba de nuestro gran amor, de nuestro pacto de alianza en el plan de la redención, de nuestra eterna presencia en la Eucaristía. Aquí en el velo Sacramental podréis verme, sentirme y escucharme. No estoy muerto. He resucitado, aún vivo.

Alabada sea la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su Santísima Madre, triste y afligida al pie de la Santa Cruz.